
El SIDA y sus metáforas

Con la aparición del SIDA los investigadores interesados en la historia de la medicina, y sobre todo los preocupados por los significados sociales de las enfermedades, tienen una oportunidad única para estudiar un fenómeno excepcional. El SIDA es una de las enfermedades modernas que más interés han despertado, por lo que en los últimos años ha comenzado a aparecer gran número de ensayos sobre esta epidemia. Muchos de los autores que abordan este tema coinciden en que nadie pensó que en nuestros días, con el alto nivel alcanzado por la medicina, pudiera surgir una epidemia como la del SIDA.

Los autores de los trabajos historiográficos sobre el SIDA que hemos podido leer coinciden en el propósito de sus investigaciones: el análisis de epidemias y enfermedades sexualmente transmitidas en el pasado puede servir para enfrentar esta nueva enfermedad de manera más eficaz y humana: pues los significados de eventos pasados siguen marcando los del presente.

Entre los ensayos que se han escrito sobre el SIDA, destaca el de Susan Sontag: *El SIDA y sus metáforas*.

A mediados de los años setenta, Susan Sontag enfermó de cáncer y vivió la experiencia de una enfermedad considerada por la sociedad como algo más que una enfermedad. Durante los dos años y medio que duró la quimioterapia que le aplicaron, los médicos le dieron pocas esperanzas de curarse y convivió con otros pacientes en condiciones similares.

Ella se rebeló contra la situación en que la sociedad la había colocado y contra las reacciones de vergüenza y culpa que notó en los otros enfermos. Reflexionó sobre lo que estaba viviendo y con gran lucidez escribió su celebre ensayo *La enfermedad como metáfora* "para aliviar a los enfermos del sufrimiento innecesario", en el mismo sentido en el que Nietzsche lo definió en un fragmento de *Aurora*: "calmar la imaginación del inválido, para que por lo menos, no tenga que sufrir más por pensar en la enfermedad, que por la enfermedad misma". En ese ensayo, Susan Sontag desentraña las metáforas en torno al cáncer para verlo como lo que es: una enfermedad muy seria, pero sólo eso y no una maldición, un castigo, una vergüenza o una sentencia segura de muerte.

Resultó casi como una consecuencia lógica que la aparición del SIDA la llevara a escribir un texto al respecto. No sólo no sorprendió a nadie cuando en 1989 apareció *El SIDA y sus metáforas*, sino que podría decirse que era un libro esperado. Comienza así: "Releyendo *La enfermedad como metáfora* ahora pensé...": y a continuación le ofrece al lector un texto relativamente corto, de apenas cien páginas, sumamente rico en reflexiones, donde pone su inteligencia al servicio de la lucha contra el prejuicio y el sufrimiento humano.

Sontag opina que si el cáncer permitió metaforizar en torno a la enfermedad, el SIDA lo hace también, pero a "gran escala". En un despliegue de erudición, utiliza ejemplos de la literatura, la filosofía y hasta de la música para ilustrar los distintos sentires y metáforas en torno a ciertas enfermedades en diferentes épocas. Esto hace que su texto resulte sumamente atractivo.

Usa el cáncer, la sífilis y la peste para señalar sus similitudes y diferencias con respecto al SIDA, y hace también referencia a otras enfermedades, como la lepra, la tuberculosis, la viruela y la polio. Así, las compara desde el punto de vista de su génesis, letalidad y formas de muerte, de sus vías de contagio, y de sus efectos sobre el

cuerpo, la cara y la mente. Desentraña las metáforas elaboradas en torno a esas enfermedades, y de esa manera, las características que comparten con el SIDA y lo que le es específico. A partir de ahí muestra cómo el SIDA mismo se convierte en una metáfora.

Comienza su texto con la definición de Aristóteles de lo que es una metáfora: "darle a una cosa el nombre que le pertenece a otra". Aunque es imposible pensar sin metáforas —y éstas son indispensables en la interpretación— hay metáforas que sería mejor erradicar. Así, por ejemplo, ver a la sociedad como un cuerpo humano, dirigido por la cabeza —"léase la inteligencia"— implica concebir una sociedad con estructura vertical, inevitablemente autoritaria.

En torno al cuerpo y su salud han existido, a lo largo de la historia de la humanidad, distintas metáforas, algunas más amables que las que imperan actualmente. Los griegos, por ejemplo, le pidieron prestada a la música el concepto de armonía, que después sería ridiculizado por Lucrecio por considerar que había algunos órganos más importantes que otros. De la arquitectura se tomó la idea del cuerpo como templo.

A partir de principios de siglo, en la época de la primera guerra mundial, con el invento del mi-

croscopio se empezó a usar la metáfora militar para describir los mecanismos de la enfermedad y de la cura: los microorganismos son "el enemigo" que ataca al cuerpo; éste, a su vez moviliza sus defensas inmunológicas. Más adelante, las instituciones de salud pública hicieron suya esa metáfora y decidieron "declararle la guerra" a ciertas enfermedades, como la tuberculosis o el cáncer; en otros ámbitos, a la pobreza y la desnutrición y, en épocas recientes, a las drogas.

De la idea de guerra se desprende la existencia del "otro" como enemigo, que a su vez implica que existen víctimas inocentes. Y como bien señala Sontag, "por la lógica inexorable que gobierna toda relación de términos, inocente sugiere culpa". La metáfora militar contribuye a la estigmatización de ciertas enfermedades, y en consecuencia, de quienes las padecen.

Cuando Susan Sontag estuvo enferma de cáncer observó que la gente experimentaba una repulsión irracional por la enfermedad, y también una tendencia generalizada a responsabilizar a los enfermos por haberse enfermado, por ejemplo, por tener, supuestamente, ciertos rasgos de personalidad predisponentes: ser inexpresivos, reprimir el enojo o la sexualidad, etcétera. Además, existía la prácti-

ca de mantener el diagnóstico oculto.

Con el paso del tiempo y los avances médicos, casi la mitad de los cánceres se puede tratar o curar. En parte por eso, ahora la palabra "cáncer" tiene menos estigmas asociados y se puede decir más libremente. Pero el cáncer ha quedado destronado por el SIDA, esta nueva enfermedad con características que nos permiten convertirla en un ente cargado de significados. Tal parece que a la sociedad le cuesta trabajo identificar varias enfermedades con el "mal" y que sólo puede obsesionarse con una, en la que se asocia el mal con la "culpa" de sus "víctimas".

El SIDA resulta idóneo para metaforizar sobre la enfermedad. Es mortal, resistente al tratamiento y —entre otras vías— es transmitido sexualmente; además empezó (en los Estados Unidos) en grupos ya de por sí estigmatizados como los homosexuales y los drogadictos intravenosos.

Sontag señala que, en cuanto a su genealogía, al SIDA se le aplica una doble metáfora: comparte con el cáncer la de "invasión" en tanto que microproceso. En cuanto a la forma de transmisión, comparte con la sífilis la antigua metáfora de "contaminación" o "polución" (derivados sanguíneos, fluidos corporales y personas infectadas).

Sontag establece una comparación entre ambas enfermedades: el cáncer se vive como una traición del cuerpo. La pregunta obligada es: ¿por qué a mí? El SIDA asocia la vergüenza de tener el mal con la culpa de haberlo adquirido. A diferencia del cáncer, la mayoría de las personas afectadas por el SIDA saben, o creen saber como lo contrajeron. Tener SIDA equivale a confirmar la pertenencia a un "grupo de riesgo", o a una "comunidad de parias".

Una de las primeras consecuencias de que la enfermedad comenzara entre homosexuales fue el aumento de la homofobia y su consecuente persecución. Aunque el cáncer también está relacionado en forma creciente con prácticas de riesgo (como fumar), en el caso del SIDA hay elementos adicionales: se asocia al sexo "desviado" y a la drogadicción ilegal. Al subrayarse el contagio homosexual, prácticamente se ignora el heterosexual (como si la experiencia de África no existiera).

En cuanto a la transmisión, Sontag afirma que todas las enfermedades infecciosas (sobre todo las sexualmente transmitidas) generan fantasías de su contagio casual en lugares públicos y dividen a la sociedad en "grupo de riesgo" y "población general". En enfermedades anteriores al SIDA,

la población en riesgo era la de piel oscura y pobre. La sífilis se contraía por estar en contacto con "otras personas peligrosas". El SIDA también se contrae por acercarse a "otros" previamente estigmatizados. Con el SIDA, la población "general" es la blanca, heterosexual, que no usa drogas intravenosas ni tiene relaciones sexuales con quienes sí las usan.

Observa que la metáfora militar se usa de manera distinta con el cáncer y con el SIDA. En el caso del cáncer, el "enemigo" viene desde adentro; las células crecen y proliferan desmedidamente e "invaden y derrotan a otros órganos y sistemas". En el SIDA, el "enemigo" viene desde afuera; una vez dentro de las células, tarde o temprano las mata.

Para ilustrar sus argumentos, Sontag cita una serie de textos que encontró en publicaciones como la revista *TIME* o el periódico *New York Times*, en donde para explicar la forma en que el Virus de la Inmunodeficiencia Humana (VIH) se aloja dentro del cuerpo humano, se emplea un lenguaje que correspondería con una paranoia política digna de la ciencia ficción.

Extrapolando la idea al terreno social, Sontag afirma que la enfermedad no sólo invade al organismo, sino también a la sociedad. Esta idea es especialmente aterradora.

dora porque una vez que una persona queda "contaminada" lo estará de por vida, tenga o no síntomas, y existe siempre la amenaza de que, tarde o temprano, algo detone la enfermedad.

A diferencia del cáncer, que supuestamente crece lentamente y tiene una dimensión geográfica (avanza por el cuerpo), el SIDA se concibe como la sífilis, que se desarrolla por etapas y adquiriere una dimensión de secuencia temporal. Las etapas son: primero la infección, segundo el Complejo Relacionado al SIDA (CRS), y tercero el SIDA.

Más que una enfermedad, el SIDA es como su nombre lo indica un síndrome que abarca una larga lista de síntomas y padecimientos. Sontag atinadamente afirma: "nadie puede tener todo lo que el SIDA es". En la primera etapa, la persona no tiene síntomas, en la segunda, aparecen algunos, y ya que se acumula cierta cantidad de síntomas y deja de funcionar el sistema inmunológico, el desarrollo de la enfermedad es rápido y el desenlace fatal.

El problema con esta concepción por etapas según Sontag, es que implica que quien se infecte, pasará necesariamente a las siguientes etapas. También señala: otras metáforas biologicistas que se han empleado para el SIDA im-

plican la misma concepción. Por ejemplo hablar de que en la tercera etapa se tiene SIDA "florido", es decir, como todo capullo que madura y florece.

Sontag aclara que no se sabe qué curso tomará una enfermedad que lleva tan poco tiempo de haber sido identificada. Bien puede ser que la alta mortalidad de la enfermedad se deba a que afecta primero y muy rápidamente a los más predispuestos y vulnerables. Existen dos actitudes en torno al SIDA: la optimista, que afirma que no todos los infectados se enfermarán, y la fatalista que opina que sí.

En el mundo médico norteamericano está imperando la segunda, ya que se está sustituyendo el concepto de Síndrome Relacionado con el SIDA por una concepción de proceso continuo. Esto implica que "todos los infectados son personas con SIDA que todavía no lo tienen". Recibir un diagnóstico de seropositivo es como recibir una sentencia de muerte segura: lo único que no se sabe es cuándo se cumplirá. Esta paradoja del no enfermo-enfermo, tiene muchas consecuencias prácticas: los seropositivos pierden sus trabajos, no pueden adquirir seguro médico o de vida, los inmigrantes potenciales son deportados, etcétera.

Sontag sostiene que, en relación con el diagnóstico, la detección

temprana del cáncer mejora las posibilidades de sobrevivencia; en cambio, muchos piensan que el diagnóstico del SIDA no sólo no ofrece nada bueno, sino que puede ocasionar angustia y discriminación. Por eso, mucha gente se niega a hacerse el examen. El diagnóstico de cáncer a menudo es ocultado al paciente por la familia. Con el SIDA ocurre lo contrario. El diagnóstico puede ser ocultado a la familia.

Para Sontag, las enfermedades que más atormentan la imaginación no son las mortales, sino las que conllevan un sufrimiento que degrada, porque literalmente deshumaniza: por ejemplo, la rabia y el cólera. Aunque la polio es una enfermedad que desfigura el cuerpo, es menos estigmatizada porque no afecta al rostro. Sontag afirma que en nuestra cultura se impone la aristocracia del rostro. Las enfermedades que despiertan el temor más profundo son aquellas en las que la desfiguración refleja el grado de progreso de la enfermedad.

A continuación, Sontag analiza los mitos compensadores de las enfermedades. Existía la idea de que la tuberculosis atacaba a las personas sensibles o talentosas, y que exaltaba los sentimientos. Con la sífilis, el mito era que producía, en las fases finales, una fiebre crea-

tiva que inspiraba el genio artístico. Aunque el SIDA también causa demencia, no se ha creado ningún mito compensador y es poco probable que se llegue a crear (como tampoco se creó para el cáncer) por su asociación tan directa con la muerte.

La metáfora fundamental con la que el SIDA se ha asociado es la de "plaga", que en general ha sido usada para describir las calamidades colectivas más atroces. Ese término se identificó con la epidemia que ha causado más muertes. Sin embargo, no es indispensable que una enfermedad sea muy letal o haya cobrado innumerables víctimas, para ser merecedora de ese nombre.

La idea más antigua que explica la enfermedad tiene que ver con el castigo. Las enfermedades, en cuanto cobran significado, se vuelven calamidades sociales y son interpretadas como las sentencias que se aplican sobre las comunidades para purgar las supuestas transgresiones que realizan. La plaga, por ejemplo, no fue vista como una enfermedad vergonzante.

Las primeras enfermedades consideradas así fueron la lepra, la sífilis y el cólera. Dentro de la "culpa colectiva" también se ven arrasadas las "víctimas inocentes". Las plagas siempre se consideran

de origen extranjero. Esto se aplica, desde el punto de vista de los privilegiados, a los pobres del mismo país que son vistos como "extranjeros en el propio seno". Así por ejemplo, la tuberculosis se asocia con el vicio y la pobreza.

La recomendación obligada es adoptar los valores de la clase media, entre otros hábitos regulares: auto-control y productividad. Estos valores se llegan a identificar con la salud misma. Susan Sontag, para ilustrar el origen extranjero de las enfermedades, cita múltiples ejemplos de cómo la peste y la sífilis siempre parecían provenir de otros países o continentes. Se piensa que el SIDA se originó en África, y de ahí pasó a Haití y después llegó a los Estados Unidos. O sea, el SIDA resultó una invasión del tercer mundo.

Sin embargo Sontag dice que en muchos medios se ha afirmado que los norteamericanos produjeron el SIDA como parte de la guerra bacteriológica, y después lo exportaron para frenar la explosión demográfica. La idea del origen africano del SIDA ha ocasionado que los inmigrantes de ese continente a Europa y los estudiantes africanos en la Unión Soviética sean estigmatizados.

El cólera había sido la última enfermedad calificada como plaga. Posteriormente, ni la influenza,

que cobró miles de vidas, ni la polio recibieron ese nombre. Con muchos ejemplos de la literatura, Sontag muestra que en nuestra época una epidemia o plaga eran ya impensables.

El hecho de que el modo fundamental de transmisión de esta nueva epidemia sea sexual, sirvió a las fuerzas conservadoras para darle al SIDA el estatus de una plaga provocada por el juicio moral de dios sobre los pecados contra natura. Lo que a Sontag le sorprende es que, en los Estados Unidos, ese discurso se haya quedado entre los sectores conservadores (de los que se espera ese tipo de actitudes), mientras que la postura oficial no sólo no lo adopta sino que advierte contra él.

No obstante, Sontag señala un peligro mayor: el uso más complejo y sutil que hacen las ideologías políticas autoritarias (dentro de las cuales incluye al gobierno norteamericano). El temor a la enfermedad se promueve y se utiliza para hacer propaganda en contra de las personas que buscan inmigrar a los países ricos.

El SIDA resulta una herramienta ideal para crear un ambiente de paranoia política asociado con otras supuestas amenazas: la debilidad que conlleva perder el liderazgo mundial y la pérdida de la predominancia sobre los países co-

munistas. Las fuerzas conservadoras norteamericanas ven en todo esto una evidencia de su pérdida de poder: la blandura de occidente, el hedonismo, la música sexy y vulgar, la indulgencia con el uso de drogas, la desintegración familiar. En suma, horrorizados prevén el declive del imperio norteamericano.

Uno de los puntos más originales en la reflexión de Sontag es el señalamiento de cómo el SIDA está siendo utilizado para crear "un consenso fundado en el temor". Se maneja como algo que amenaza la existencia misma de la civilización y que proviene de peligrosos "otros" que amenazan a la "población general", constituida por gente "inocente". Pero los neoconservadores que difunden la idea de que el SIDA nos amenaza a todos, procuran no confundir esa noción con la de que nos afectará a todos. Esta última conlleva la semilla de la solidaridad y reduce el estigma.

En otros terrenos, el mismo término SIDA ya está sirviendo como metáfora. En Francia, el ultraconservador Le Pen llamó a la oposición "sidática" (*sidatique*) y en los Estados Unidos la derechista Kirkpatrick comparó el terrorismo con el SIDA.

La mitología del SIDA se ha retoolimentado con la de la virolo-

gía. Ahora se están asociando los virus de acción lenta con ciertos tipos de cánceres, e inclusive con ciertos desarreglos neurológicos que tardan mucho tiempo en desarrollarse. Los virus tienen formas de existencia muy elementales: le inyectan su información genética a las células en las que se alojan y alteran sus funciones. Hasta la informática ha usado la metáfora del virus para explicar un comportamiento disruptivo electrónico (originado básicamente para evitar la piratería de programas).

Aunque el SIDA fue identificado en 1980, seguramente llevaba circulando más tiempo del que se sabe. Tanto para la conciencia de la población general como para el conocimiento médico, esta enfermedad es nueva. Su aparición marca un viraje en las conductas sexuales y en las actitudes ante las enfermedades. Antes la medicina se concebía como una vieja campaña militar que se acercaba a su victoria final. Con el SIDA cambia esta concepción.

Por otro lado, la anticoncepción y la curabilidad de las enfermedades venéreas convirtieron al sexo, en una aventura sin consecuencias. El SIDA también cambió esta perspectiva. En estos tiempos de SIDA, la sexualidad ya no es como antes: la pareja ya no se puede aislar del mundo de lo social; ahora

cualquier persona es un eslabón en la cadena de transmisión. Tal parece que todas las relaciones que no son monógamas y heterosexuales se convierten en promiscuas y/o "desviadas". Para Sontag, el SIDA no sólo refuerza el moralismo norteamericano, sino también la cultura del individualismo, por ejemplo: la gente teme a la donación altruista de sangre.

Sontag denuncia que, cuando fue escrito su ensayo, en los Estados Unidos había reticencias a informar sobre cómo tener prácticas de sexo seguro, y se había rechazado la posibilidad de repartir jeringas desechables. Señala que, en Europa, los programas oficiales de prevención han sido menos hipócritas, y por lo menos no promueven la castidad como una forma de evitar el SIDA. En los Estados Unidos contrasta la perenne hipocresía oficial con el liberalismo sexual de las últimas décadas, que alcanzó su apogeo en los años setenta.

Dice Sontag: "los homosexuales se convirtieron en una especie de grupo étnico, donde la voracidad sexual se convirtió en una costumbre folclórica". Pero el SIDA frena el apetito sexual no sólo de los homosexuales. El espíritu de la ideología capitalista promueve el consumo, la diversión, las libertades, la prosperidad material y la movi-

lidad, y despierta distintos apetitos que por definición son inmoderados. Implica, en suma, una expansión infinita de posibilidades.

En este contexto, el sexo inmoderado no fue una invención de la cultura homosexual, sino una expresión de la cultura capitalista, alentada por los avances de la medicina. Sontag insiste en que, junto con la posibilidad ilimitada de satisfacer los apetitos, surge la necesidad de moderarlos, para conservar la salud y la buena apariencia física: "límites voluntarios como ejercicio de la libertad".

En el terreno sexual, el SIDA significa también la necesidad de límites. En nuestra cultura, se vive un sentimiento de fin de milenio, que se expresa en un retorno a valores conservadores: el ideal de la monogamia, la prudencia sexual, el egoísmo, etcétera. El SIDA refuerza esos valores, que ya venían expresándose desde los años setenta.

Sontag es contundente: las epidemias siempre llevan al rechazo de la tolerancia y generan la demanda de aislar a los afectados. Hasta ahora, las instituciones médicas han sido racionales al respecto, y rechazan esa posibilidad (excepto en Cuba, donde se aísla a los seropositivos y enfermos). Sin embargo, Sontag advierte que no hay que descartar la posibilidad de

que esto ocurra si, por ejemplo, la situación empeora, pues todavía no se sabe el rumbo definitivo que tomará la epidemia. Se especula si seguirá afectando principalmente a los "grupos de riesgo" y luego a la población de menores recursos, o si afectará a poblaciones amplias de ciertas regiones.

Plantea también que hay un rasgo de apreciación racista: si el SIDA no hubiera salido de África, se le vería como un fenómeno "natural" endémico, como las hambrunas. Como afecta al mundo entero —léase al Occidente— se está conceptualizando como una catástrofe.

Pareciera que el fin del milenio conlleva inevitablemente sentimientos apocalípticos. Al acercarse al año 2000, cada vez es más frecuente la idea de que algún accidente nuclear terminará con el planeta. También es común pensar que con otros fenómenos, como la contaminación ambiental o la sobrepoblación, la destrucción ya ha comenzado.

A esa lista de desgracias se une, ahora, el SIDA. Sontag habla de una paradoja entre las catástrofes omnipresentes y el hecho de que el mundo todavía no se acabe: "un apocalipsis que sucede y no sucede". Estos temores crean una especie de "apocalipsis en cámara

lenta, o un apocalipsis de ahora en adelante".

Sin embargo, lo verdaderamente lamentable es lo que Sontag señala: estas nociones de desastre no producen las reacciones que podrían detener la hecatombe, como el desarme nuclear inmediato, o una verdadera educación sexual tendiente a prevenir el SIDA.

Susan Sontag termina su libro resumiendo el objetivo que persiguió a lo largo de su escritura: convertir a esta enfermedad —a pesar de toda la carga de significados que arrastra— en solamente una enfermedad. Expresa su esperanza de que tarde o temprano ocurra con el SIDA, como ha sucedido con otras enfermedades, cuando sea mejor entendido y sobre todo cuando llegue a ser médicamente tratable. Pero para que esto suceda lo antes posible, Sontag propone "cuestionar" el proceso mediante el cual se le atribuye significados a esta enfermedad.

Es indispensable "desenmascararlo, criticarlo, elaborarlo, agotarlo". Y de todas las metáforas empleadas con las enfermedades, la más peligrosa y la que debemos de combatir especialmente, es la metáfora militar, que conlleva la justificación de la represión y el autoritarismo.

Sontag afirma que son igualmente indeseables las ideas sobre

la medicina "total", las de la guerra "total" y la de la crisis "total" del SIDA. "No estamos siendo invadidos. El cuerpo no es un campo de batalla. Los enfermos no son bajas inevitables, ni el enemigo". Susan Sontag termina su ensayo parafaseando a Lucrecio con respecto a la metáfora militar: "devuélvansela a quienes hacen la guerra".

El mérito indudable del libro de Susan Sontag es que nos presenta una forma de analizar la utilización que se hace de las enfermedades, y del SIDA en especial. Seguramente algunas de las cosas que ella plantea serán otras con los cambios en el mundo socialista y la nueva correlación de fuerzas que de ahí surja. Muchas más se transformarán con la nueva información con respecto al SIDA.

Como investigadora y militante comprometida en la lucha contra el SIDA, una preocupación que me asalta es: ¿cómo hacer para que no sean mal utilizadas o manipuladas políticamente las nuevas evidencias que puedan arrojar las investigaciones en torno al SIDA? Por ejemplo, cada vez es más claro que el SIDA surgió en África y no, como piensan muchos, de la guerra bacteriológica norteamericana. ¿Cómo decir esto sin que se use para discriminar más a los africanos?

Muchas de las metáforas a las que hace referencia Sontag son vigentes en nuestra sociedad. Otras son propias del aparato imperialista norteamericano. Los libros de Susan Sontag y de otros autores que analizan las enfermedades del pasado, epidémicas y venéreas, a la luz del SIDA, nos muestran la importancia de este tipo de reflexión.

En México ya se han hecho algunos ensayos (Pescador y Bronfman) sobre la manera específica en la que nuestra propia historia médica nos puede dar lecciones sobre el SIDA. Sin embargo, todavía queda mucho por hacerse.

Ana Luisa Liguori

Sontag Susan, *El SIDA y sus metáforas*, Muchnik Editores, Barcelona, 1990.

Pressman, D. Jack, "AIDS and the Burden of Historians", In the *Journal of the History of Sexuality*, vol. 1, núm. 1, University of Chicago Press, julio, 1990, pp. 137-144.

Swenson, Robert, "Las pestes, la historia y el SIDA", en *Historias*, núm. 21, INAH, 1990, pp. 3-27.

Pescador, Juan Javier, y Mario Bronfman, "Sociedad y SIDA. Viejas reacciones frente a nuevos problemas", en *SIDA, Ciencia y Sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989, pp. 375-390.